



2. Elementos para un modelo de corto alcance sobre el proceso de reubicación

Desde el punto de vista psicológico, la inmigración internacional es una transición ecológica con un alto potencial de impacto en el desarrollo humano. Pocos cambios vitales inciden al mismo tiempo, y con tal intensidad, en los diversos niveles del entorno del individuo. Si encontrar empleo, cambiar de casa o jubilarse -por utilizar ejemplos contrastados de transición-, suponen cambios de rol y la incorporación a un nuevo ambiente, el desplazamiento internacional conlleva además transformaciones en el contexto institucional y cultural en el que se desenvuelve la persona. Utilizando la terminología de Bronfenbrenner (1987), podríamos afirmar que se ven afectados el micro-sistema, el exo-sistema y el macro-sistema.

De modo específico, trasladarse a otro país generalmente modifica la posición social del individuo, así como los roles que desempeña, y afecta tanto al entorno interpersonal inmediato como al contexto sociocultural más amplio. A ello se une -en último lugar, aunque no de modo menos importante- el carácter primario de dicha transición: es decir, el hecho de que el individuo se vea empujado a tomar la iniciativa para encontrar nuevas fuentes de estimulación y apoyo, en la medida en que experimenta cambios en el núcleo de vínculos personales clave que instigan y mantienen su funcionamiento psicológico (Bronfenbrenner, 1987).

Para describir los cambios en el microsistema del individuo, la literatura sobre apoyo social ha recurrido a la metáfora del convoy (Kahn y Antonucci, 1980), un concepto que hace referencia al análisis de las redes sociales desde una perspectiva evolutiva. De acuerdo con Kahn y Antonucci, las necesidades y circunstancias de las personas cambian a lo largo del ciclo vital, a medida que se abandonan determinados roles y se asumen otros, o cuando se producen cambios de trabajo o residencia. Y, en ese transcurso, el individuo se mantiene rodeado por un conjunto de personas -con las que se relaciona para la obtención y la provisión de apoyo-, cuya composición cambia con las sucesivas transiciones. De este modo, la red personal es una suerte de convoy en el que entran y salen unidades, o, en otras palabras, que se mantiene a pesar de las modificaciones en los miembros componentes.

La noción de convoy también se ha aplicado a la migración internacional, ya que se entiende como un fenómeno en el que se añaden y se sustraen personas de la red social, y que puede afectar al potencial de la misma para proveer apoyo (Bialik-Gilad, 1988). De hecho, la reubicación geográfica -en un plano internacional- es un cambio en la proximidad espacial de la mayor parte de los vínculos del círculo personal (si no

todos). Pero, previsiblemente, también incide en el costo y la frecuencia de interacción, así como en la disponibilidad de ayuda actual y percibida. E igualmente, se pueden consolidar cambios en la composición de la red, o incluso en su tipología.

Por tanto, si en una acepción estática, podemos concebir las redes de apoyo como un recurso que facilita la transición a un nuevo contexto, desde una perspectiva evolutiva la transición ecológica consiste precisamente en la transformación del microsistema del individuo: esto es, de su estructura interpersonal inmediata. De aquí se deriva que podemos utilizar dos aproximaciones complementarias para estudiar el apoyo social en el contexto de la migración: por un lado, tratar de demostrar que la entrada en un nuevo entorno se ve facilitada si la persona y los miembros de ambos entornos reciben información, consejos y experiencias acerca de la inminente transición; y, por otro lado, tratar de caracterizar el ingreso en otro contexto cultural como un proceso de evolución de la estructura y las funciones de apoyo.

En estas páginas combinamos ambas perspectivas, aunque -como ocurre en la literatura sobre el tema- predominan los estudios que analizan la estructura y las funciones del microsistema de los inmigrantes una vez que han empezado a experimentar el efecto de la reubicación geográfica. El objetivo de este capítulo es identificar elementos relevantes para la construcción de un modelo de corto alcance sobre la adaptación psicológica de los inmigrantes. Para cubrir ese fin, en los próximos apartados (1) definimos el concepto de adaptación y su patrón evolutivo habitual, (2) resumimos las propuestas de integración teórica más significativas en este área de estudio, y (3) señalamos cuáles son los factores que condicionan los cambios de las redes de apoyo en el discurso de la migración.

1. La adaptación psicológica de los inmigrantes

El concepto de adaptación hace referencia a los cambios que experimentan los individuos como respuesta a las demandas ambientales. Se trata de una interacción entre la persona y el contexto, que tiene su fundamento psicológico en la plasticidad biológica y conductual del organismo (Bronfenbrenner, 1987; Bunge y Ardila, 1988; Domjan y Burkhard, 1990; Schneirla, 1957). Ese principio de congruencia entre las capacidades de la persona y las exigencias y oportunidades del entorno -cuyos orígenes podríamos rastrear en la teoría biológica de la evolución-, es uno de los elementos fundamentales de los modelos ecológicos de la Psicología Comunitaria (Heller, 1990). Como tendremos ocasión de comprobar, la adaptación es un fenómeno complejo, que puede descomponerse en distintas dimensiones, que cabe analizarlo bien como resultado o bien como proceso, y que muestra una gran variabilidad inter-individual.

La migración puede ser considerada tanto un consecuente como un instigador de la adaptación. Cuando el individuo se desplaza a otro país, se enfrenta a experiencias novedosas y se incorpora a un contexto no familiar que le exige un esfuerzo importante de acomodación psicológica. Pero emigrar también puede entenderse como un intento por cambiar las condiciones de vida, y, por tanto, como un esfuerzo adaptativo en sí mismo. En adelante, tanto la revisión teórica como los trabajos empíricos que le siguen adoptan la primera perspectiva, en consonancia con una literatura donde predominan los estudios sobre las estrategias personales de acomodación al contexto receptor.

La emigración cobra sentido en el marco genérico de la adaptación humana. Pero nos interesa perfilar el concepto con los estudios específicos con inmigrantes, y a ello dedicaremos el resto del presente apartado. Primero vamos a constatar que con el término “adaptación” se hace referencia a un amplio conjunto de resultados psicológicos y sociales. Por otro lado, tales resultados deben contemplarse con perspectiva temporal, para tener una idea acabada de un proceso que varía a lo largo del tiempo y a través de cohortes generacionales: por eso, inmediatamente después comprobaremos las diferencias en los indicadores de ajuste personal en función del tiempo de estancia y del estatus generacional.

Aunque lo más habitual es que se utilice sólo una variable dependiente como indicadora de ajuste personal -entre las más comunes, la depresión o el desempleo-, parece más adecuado concebirla como un fenómeno multidimensional, que abarca un amplio conjunto de resultados en el nuevo entorno. En efecto, la adaptación (1) tiene una dimensión objetiva y otra subjetiva, y (2) puede valorarse en relación a muy diversos ámbitos, tales como la familia, el trabajo, la escuela, los amigos, el bienestar material, etcétera (Scott y Scott, 1989). E, igualmente, (3) en la literatura reciente se ha distinguido entre adaptación psicológica y sociocultural (Searle y Ward, 1990; Ward y Kennedy, 1992). Aun cuando cada uno de esos aspectos de la adaptación están relacionados entre sí y se modifican mutuamente, son variables que podemos considerar de forma independiente, y que difieren además en el conjunto de antecedentes que las predicen de forma significativa. A continuación, repasamos sucesivamente las tres dimensiones que acabamos de enumerar.

Por un lado, los predictores de la ejecución de un rol determinado no tienen por qué coincidir con los de la satisfacción en dicha área: por ejemplo, las variables que influyen en el rendimiento académico no necesariamente son las mismas que determinan la satisfacción con la escuela; igualmente, tampoco son sinónimos la conformación de una red suficiente de amigos y la satisfacción con las relaciones de amistad. Tenemos, pues, una primera distinción entre indicadores objetivos y subjetivos.

Pero, en segundo lugar, también varían los antecedentes en función del ámbito de adaptación que analicemos: por ejemplo, Scott y Scott (1989) obtuvieron modelos de regresión diferentes para predecir el bienestar material, el bienestar emocional y la asimilación social. Al parecer, los índices más altos de bienestar material se dan en aquellos inmigrantes que ya tenían un elevado estatus socioeconómico antes del desplazamiento, con experiencia previa con otras culturas, y optimistas sobre su futuro en el nuevo país; mientras que el bienestar emocional es más probable entre los hombres, de origen rural, con experiencia con otras culturas, optimistas, con pocos síntomas neuróticos y poca dependencia de terceros para el apoyo afectivo. Por su parte, la incorporación a las redes sociales autóctonas se ve favorecida si el inmigrante es muy joven, de elevado estatus, próximo a la cultura receptora, si conoce a visitantes al nuevo país, y pertenece a una familia de orientación nuclear, en la que comparte un rol igualitario con los demás miembros.

Junto a estas dos fuentes de variación -convenientemente sistematizadas por Scott y Scott (1989)-, una de las dimensiones más ampliamente aceptada en la literatura es la que distingue entre adaptación psicológica y adaptación sociocultural (Searle y Ward, 1990). La primera hace referencia al bienestar emocional, la satisfacción personal y la salud mental, y cuenta entre sus antecedentes con variables de personalidad, apoyo social y cambios vitales. Y la segunda tiene que ver con la capacidad para afrontar los problemas diarios o las dificultades sociales en la cultura de acogida -ya sea en el trabajo, la escuela o la familia-, y se ve influida por el tiempo de residencia, la habilidad con el idioma, la distancia cultural, y la interacción con miembros de la sociedad de acogida (Berry, 1997; Searle y Ward, 1990; Ward y Kennedy, 1992; Ward, 1997). Es oportuno precisar que, a pesar de la terminología, ambas se asientan en procesos psicológicos básicos, y que quizá sería más adecuado denominarlas "*adaptación psicológica propiamente dicha*" y "*adaptación psicológica en aspectos socioculturales*": de hecho, los propios autores reconocen que los factores que inciden en el bienestar psicológico durante las transiciones culturales son los mismos que conducen al afrontamiento positivo en otros contextos, mientras que los factores que facilitan la adquisición de habilidades sociales en un nuevo contexto cultural -tales como la similitud de situaciones o la experiencia previa- son los mismos que los del proceso de aprendizaje en general (Ward y Kennedy, 1992). De un modo o de otro, podemos sostener que el ajuste psicológico y sociocultural no son idénticos, aunque correlacionen entre sí.

Por tanto, entender que un único indicador refleja cumplidamente la situación del individuo puede dar una imagen distorsionada del proceso de adaptación. Pero eso no impide que podamos señalar también algunas características comunes, con independencia del área evaluada. A ese respecto, los trabajos que analizan el nivel de

acomodación al nuevo contexto en función del tiempo de estancia o del estatus generacional, permiten concebir la adaptación como un proceso (1) de mejora personal, y (2) de convergencia con la sociedad de acogida a través de las generaciones. Seguidamente examinamos ambas características.

En primer lugar, los estudios iniciales sobre la secuencia temporal de adaptación se realizaron con estudiantes y profesionales cualificados desplazados temporalmente a otro país, y describieron un proceso de evolución en forma de “U”. De acuerdo con esta concepción -planteada por Richardson (citado en Scott y Scott, 1989)-, al desplazarse a un nuevo contexto el individuo pasaría por tres fases sucesivas: una primera etapa de optimismo inmediatamente después de la llegada; una segunda de frustración, y confusión, en la que el individuo padece las consecuencias del choque cultural; y, en tercer lugar, una mejora gradual que conduce a la satisfacción con la sociedad de acogida (Kealey, 1989).

Sin embargo, hay pocas evidencias de una curva en “U” de adaptación. Más bien el curso típico es la mejora paulatina de las circunstancias en las que viven los inmigrantes, a medida que llevan más tiempo en la nueva sociedad. Este progreso se observa tanto en criterios objetivos como subjetivos. Por ejemplo, la mayoría de los inmigrantes tienden a ver sus circunstancias como una mejora respecto a las que dejaron atrás, y esa percepción se acentúa con el tiempo (Martínez, García, Maya, Rodríguez y Checa, 1996; Scott y Scott, 1989). Pero, más allá de la percepción del sujeto, también se produce un aumento del bienestar material, objetivamente considerado. De hecho, después de un período de tiempo, el grueso de los individuos en situación de aculturación suele experimentar una adaptación positiva a largo plazo al nuevo contexto cultural (Berry, 1997).

En consonancia con esa evolución, los problemas percibidos por los inmigrantes están condicionados por la fase en la que se encuentran: inicialmente, las preocupaciones se centran en aprender el idioma, y posteriormente los esfuerzos se concentran de modo sucesivo en obtener empleo y vivienda, establecer relaciones sociales y acceder a oportunidades de ocio (Berry, 1997). Con ello, los problemas psicológicos parecen aumentar inmediatamente después de la llegada, seguido de un decremento general a lo largo del tiempo, a medida que van resolviendo los requisitos para la adaptación. Varios trabajos han confirmado esta relación entre el tiempo de estancia y la incidencia de la depresión (Williams y Carmichael, 1985; Vega, Kolody, Valle y Hough, 1986; Scott y Scott, 1989).

Para explicar este curso evolutivo se han sugerido múltiples factores, que, a nuestro juicio, bien podrían estar ejerciendo un efecto conjunto. Según distintos autores, la mejora asociada al tiempo de estancia podría atribuirse, parcialmente, bien al aprendizaje del idioma, y al proceso de aculturación en la sociedad de acogida (Birman,

1998), bien a la estabilidad laboral y jurídica de quienes llevan un tiempo más prolongado (Alvarez, 1987; Izquierdo, 1991), o bien a la conformación de las redes de apoyo social en el nuevo contexto (Aroian, 1992; Auhagen y Schwarzer, 1994; Jacob, 1992; Sluzki, 1992). Este último es uno de los elementos más estudiados en la investigación con inmigrantes, y al respecto se ha verificado la ocurrencia de cambios en la disponibilidad de recursos: de forma gradual, se expanden las redes de apoyo, y se establecen contactos con la población receptora. Y, a largo plazo, quedan pocos lazos familiares en el lugar de origen (García, 1987).

En segundo lugar, los estudios que toman en consideración el tiempo de estancia o el estatus generacional, advierten un proceso de convergencia progresiva de la minoría inmigrante con la sociedad de acogida. Dicha aproximación paulatina supone muchas veces una mejora relativa, pero en otras significa un deterioro de las condiciones de vida: por ejemplo, estudios llevados a cabo en Estados Unidos muestran que, a lo largo de las sucesivas generaciones, se produce un incremento del bienestar económico, aumenta el uso de prestaciones sociales públicas (Jensen y Chitose, 1997), aumentan las tasas de divorcio y de padres solteros, mejora el rendimiento en los tests de lectura, y disminuye la evaluación académica global (Rumbaut, 1997).

En suma, la literatura revisada pone en evidencia que la adaptación es un proceso de naturaleza multidimensional, que en líneas generales tiende a mejorar con el tiempo de estancia en el nuevo país, y que converge a través de generaciones con las características de la sociedad de acogida. Sin embargo, se constatan grandes diferencias individuales en dicho transcurso, que en gran medida pueden obedecer a factores sociales, demográficos y personales, antecedentes. Es decir, las características de personalidad, las habilidades interculturales o el estatus socioeconómico, entre otras variables, pueden determinar el curso individual en el nuevo lugar de residencia, y repercutir en las probabilidades de experimentar marginación o integración social.

2. Intentos de integración teórica

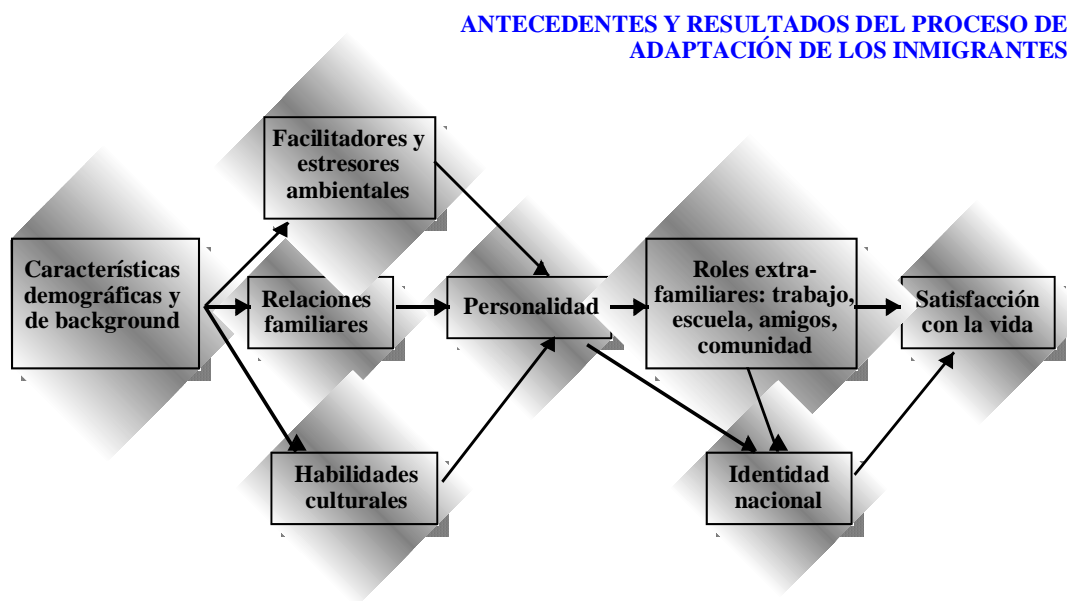
Aunque no existe un modelo consolidado sobre el proceso de adaptación, diversos autores han tratado de sistematizar los factores que inciden en el mismo. Por ejemplo, Scott y Scott (1989), Parker y McEvoy (1993) y Berry (1997) han elaborado amplios esquemas con el conjunto de variables que, según la literatura, inciden en el ajuste personal de los inmigrantes. A continuación, revisamos esas tres propuestas de integración teórica por orden cronológico.

En primer lugar, Scott y Scott (1989) elaboraron un esquema secuencial en el que clasificaron los predictores del ajuste personal en cinco tipos de variables: (1) características socio-demográficas, (2) habilidades culturales, (3) relaciones familiares,

(4) *facilitadores y estresores* ambientales, y (5) características de personalidad. Como observamos en el Gráfico 1, el trabajo empírico que desarrollaron estos autores en Australia -uno de los pocos estudios longitudinales que toma indicadores psicosociales previos al desplazamiento-, les permite proponer un diagrama de relaciones causales entre dichas variables. Si bien no descartan otros sentidos de causación, los autores se basan en una amplia serie de análisis multivariados para plantear un patrón concreto de relaciones entre las características familiares e individuales que la persona trae consigo a la nueva cultura. Esas características, junto a los estresores y recursos disponibles en el nuevo contexto se unen para predecir la adaptación en diferentes ámbitos, así como el bienestar objetivo subsecuente.

Según este esquema teórico, la adaptación consiste en una relación recíproca entre la persona y el ambiente, y no cabe entenderla -como ha ocurrido con frecuencia- como la respuesta de un organismo flexible a un contexto inmutable. Además, como hemos expuesto más arriba, Scott y Scott conciben la adaptación como un fenómeno con múltiples dimensiones, pues (1) puede referirse a diversos dominios (tales como la familia, el trabajo, los amigos, etcétera), y (2) puede ser analizada tanto desde una perspectiva objetiva (valorando la ejecución de roles en cada uno de dichos ámbitos), como subjetiva (prestando atención al bienestar emocional y la satisfacción con las circunstancias vitales).

Gráfico 1. Variables predictoras y de resultados en el proceso de adaptación
(Scott y Scott, 1989)

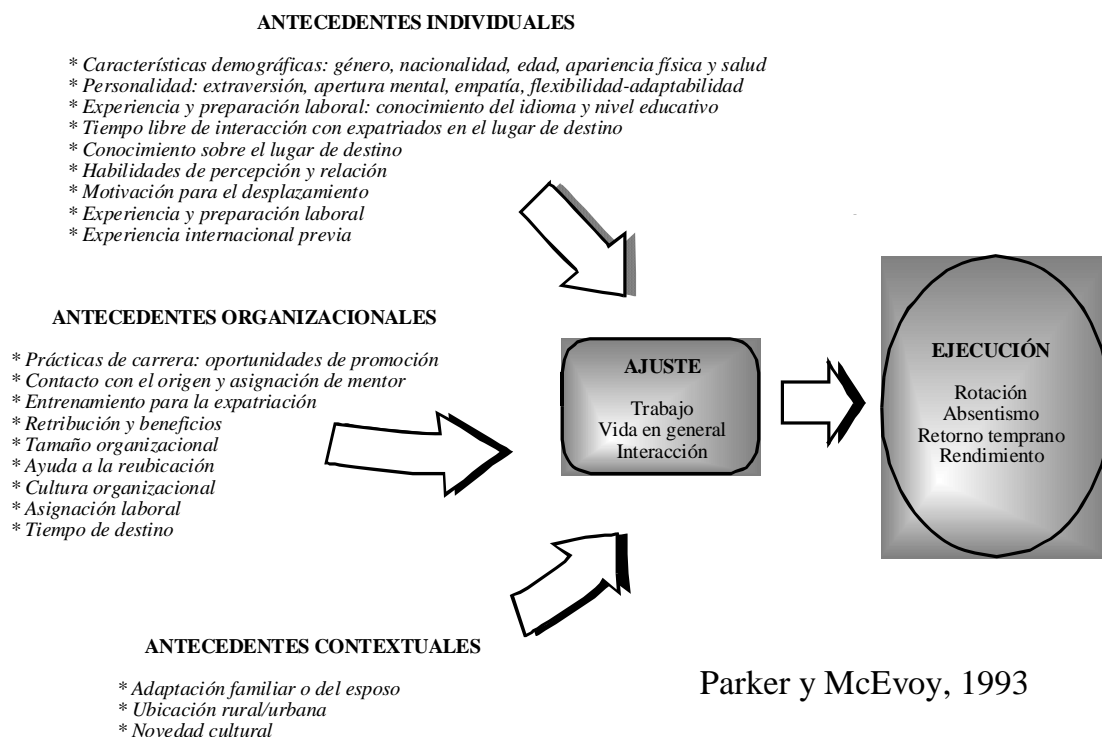


Scott y Scott (1989)

De un modo similar, Parker y McEvoy (1993) resumieron las variables relevantes en dos categorías: (1) antecedentes individuales y (2) antecedentes contextuales; y añadieron un conjunto de (3) rasgos organizacionales, de interés a la hora de explicar la adaptación de profesionales cualificados desplazados. De hecho, estos autores ponen especial énfasis en los resultados del individuo en el ámbito laboral, y justifican el modelo -entre otros aspectos- por su potencial utilidad a la hora de aminorar las consecuencias económicas negativas de la rotación, el absentismo o el bajo rendimiento. Así, el nivel de ejecución del individuo en el trabajo es considerado una consecuencia del grado de adaptación al nuevo contexto.

Sin embargo, a pesar del carácter específico del modelo, los antecedentes individuales y contextuales coinciden en líneas generales con los señalados por Scott y Scott. Y también son consonantes ambas propuestas en la concepción de la adaptación como un fenómeno multidimensional; si bien Parker y McEvoy asumen la diferenciación de Black (1990, citado en Parker y McEvoy, 1993) entre ajuste laboral, ajuste en la interacción social y ajuste en la vida cotidiana en general.

Gráfico 2. Modelo de ajuste intercultural (Parker y McEvoy, 1993)

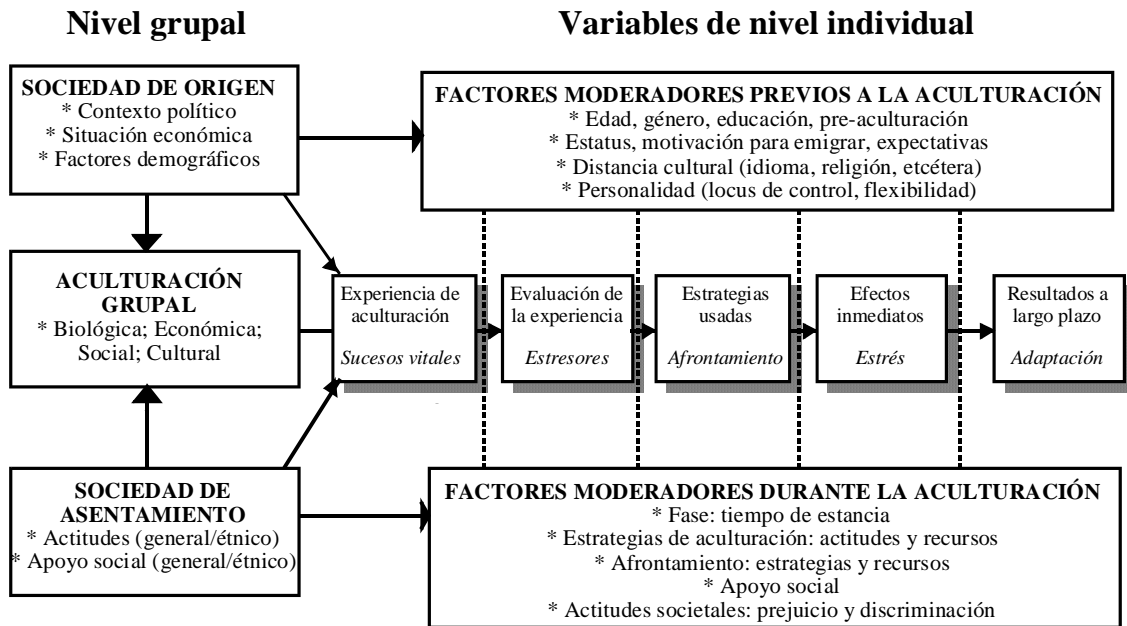


Por último, Berry (1997) establece una analogía entre las estrategias individuales de aculturación y el proceso de afrontamiento del estrés, según el modelo de Lazarus y Folkman; y agrupa las variables que inciden en dicho proceso en tres categorías: (1) características de las sociedades de origen y acogida, y factores moderadores (2) previos o (3) simultáneos a la aculturación. Con ello -y como muestra el Gráfico 3-, Berry clasifica los factores que afectan a la adaptación personal en variables de nivel colectivo e individual, y entre estas últimas distingue las condiciones previas al desplazamiento de aquellas que ocurren en el nuevo contexto. En cualquier caso, de nuevo los elementos concretos que se mencionan coinciden con los de los intentos de integración teórica que acabamos de exponer, e igualmente se distingue en el proceso de adaptación una dimensión psicológica, una socio-cultural y otra económica.

La novedad de este tercer esquema reside en la aplicación de los conceptos de estrés y afrontamiento para explicar la experiencia de aculturación del individuo. De modo que la adaptación se entiende como un conjunto de resultados a largo plazo, consecuentes a la gestión que hace el individuo del estrés asociado al contacto directo entre grupos con culturas diferentes. Y en ese sentido, son determinantes las estrategias de aculturación por las que opta el sujeto. Concretamente, según Berry en los encuentros interculturales la persona tiene que decidir (1) en qué medida considera importante la propia identidad cultural y su mantenimiento, y (2) en qué medida está dispuesta a participar en actividades con miembros de otros colectivos diferentes a su grupo de pertenencia.

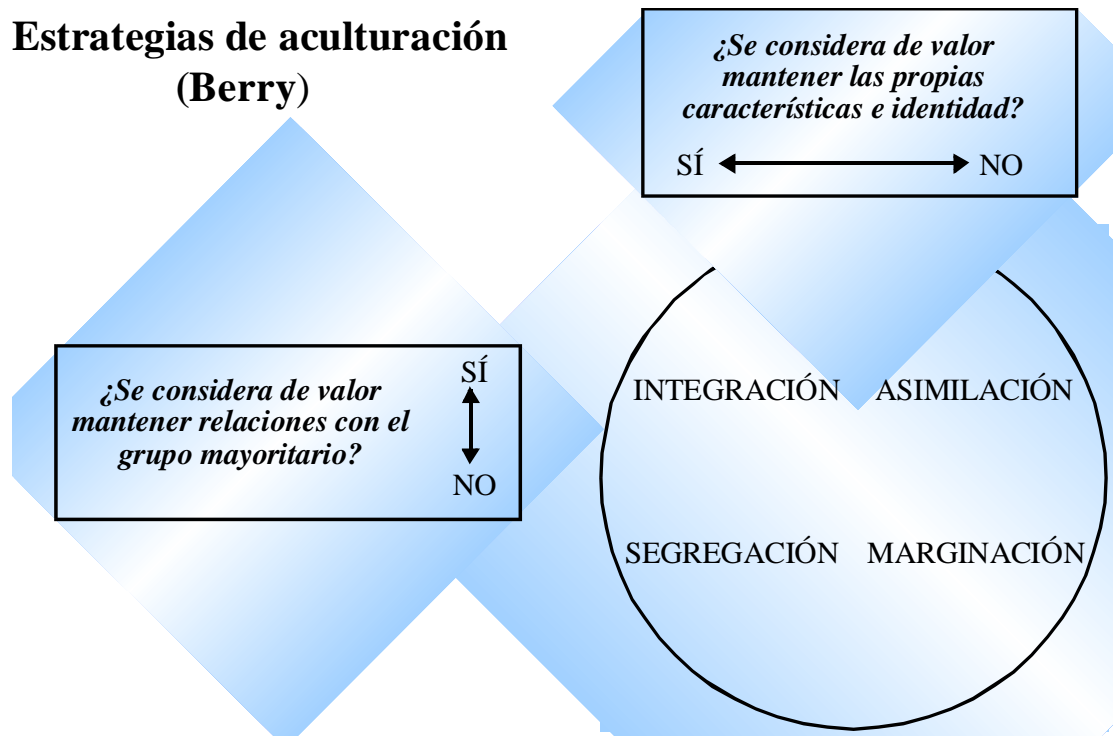
Como resultado de las respuestas a esas dos preguntas pueden darse los cuatro tipos de estrategias que recogemos en el Gráfico 4. Se da asimilación cuando la persona no desea mantener su identidad cultural, a la vez que busca el contacto y la interacción con los integrantes del grupo mayoritario. Al contrario, si el individuo valora la conservación de su cultura original y evita la interacción con personas de la sociedad de acogida, se produce un proceso de segregación o separación. Cuando el individuo trata de mantener su cultura original y relacionarse con personas de otros grupos, se dice que sigue una estrategia de integración. Y, finalmente, la marginación hace referencia a aquellos casos en los que la persona no puede o no muestra interés por conservar su cultura ni por relacionarse con la población autóctona. Para cerrar esta breve revisión del modelo, cabe decir que a un nivel colectivo las políticas públicas también pueden ser analizadas en términos de estas cuatro estrategias.

Gráfico 3. Esquema para la investigación sobre aculturación (Berry, 1997)



Un esquema para la investigación sobre aculturación (Berry, 1997)

Gráfico 4. Estrategias de aculturación (Berry, 1997)



Las tres propuestas de integración teórica que hemos examinado pretenden (1) organizar la literatura psicológica sobre la adaptación de los inmigrantes, y (2) proporcionar una guía para la investigación futura. Generalmente, los estudios de este área utilizan sólo un indicador de ajuste personal, y raramente tienen en cuenta la secuencia temporal de dicho proceso. Por eso, tanto las dimensiones de adaptación que sugieren estos modelos como la diferenciación entre factores antecedentes y moderadores son útiles a la hora de interpretar e integrar hallazgos de investigación que de otro modo se considerarían inconsistentes. En segunda instancia, estas clasificaciones contribuyen al diseño de trabajos empíricos, orientan los análisis estadísticos multivariados y permiten elaborar una línea de contraste sistemático.

Pese a estas valiosas aportaciones, los autores rehúsan aplicar la noción de modelo en sentido estricto a tales construcciones teóricas, quizá por carecer del nivel de formalización adecuado. Sólo Parker y McEvoy hablan de “modelo de ajuste intercultural”, aunque en una acepción laxa del término; mientras que Scott y Scott o Berry prefieren denominarlo “esquema teórico”. Sea como fuere, estamos de acuerdo con este último investigador cuando señala -haciendo referencia a su propio esquema- que se trata de un paso útil, pero parcial, hacia el desarrollo de un modelo.

Las tres propuestas analizan la migración internacional recurriendo a los principios generales de la adaptación humana -sobre la que comparten una concepción multidimensional-, y coinciden en los factores específicos que toman en consideración. En efecto, aunque el modo de clasificación de cada autor sea divergente -y recurran en algunos casos a una terminología diferente-, los tres modelos incluyen entre los factores que afectan a la adaptación, la educación, los ingresos, la percepción de control, la distancia cultural, el género, la edad, el estado civil, las habilidades sociales, el bienestar emocional, los motivos de emigración, etcétera.

Pero en cada caso podemos mencionar también aportaciones originales. El diseño integrador de Parker y McEvoy (1993) es el de alcance más limitado, ya que se circunscribe al ámbito laboral, pero como contrapartida recoge un listado de variables organizacionales, que afectan a la reubicación de profesionales, y que no son objeto de análisis en los otros dos modelos. Scott y Scott (1989) proponen un diagrama secuencial de los factores antecedentes -donde los demás autores sólo enumeran las diferentes categorías-, y realizan una descomposición elaborada de las dimensiones de la adaptación, pues no sólo identifican diversas áreas sino que introducen una distinción de alto potencial heurístico entre ejecución de roles y bienestar subjetivo. Y Berry (1997) utiliza como eje regulador de su esquema elementos del modelo de estrés y afrontamiento de Lazarus y Folkman (1996), y propone cuatro *tipos ideales* de

resultados de aculturación, que son esenciales para caracterizar el proceso a nivel individual y colectivo.

De acuerdo con la revisión que acabamos de realizar, el esquema sobre el estrés de aculturación de Berry parece el más desarrollado desde el punto de vista teórico, y el más prometedor como guía para la investigación en este área de estudio. No obstante, diversos investigadores han sugerido algunas limitaciones del modelo. Por ejemplo, se ha señalado que puede enriquecerse con una consideración más compleja de las actitudes de la sociedad de acogida hacia la inmigración (Horenczyk, 1997), o con la incorporación de las dimensiones de variabilidad cultural conocidas, como el concepto de individualismo-colectivismo (Triandis, 1997). También se afirma que no recoge las contribuciones conceptuales y empíricas de la aproximación de las habilidades sociales y el aprendizaje cultural (Ward, 1997). Y, en lo que se refiere a la naturaleza del modelo, se ha apuntado que no se centra suficientemente en el proceso (Lazarus, 1997), a la vez que utiliza un paradigma -de estrés y afrontamiento- elaborado para demandas situacionales, y no para analizar cambios de larga duración relacionados con el desarrollo (Schönflug, 1997).

Sin embargo, al margen de dichas limitaciones, y dado su nivel de abstracción, el intento de integración de Berry responde más a las características propias de una meta-teoría que a las de una teoría, puesto que establece cómo analizar e investigar el tema de la reubicación, pero no desarrolla los aspectos específicos de dicho proceso (Lazarus, 1997). En ese marco, cualquiera de los tres esquemas cumpliría adecuadamente la función de organizar los trabajos empíricos, aun cuando se hagan necesarios a nuestro juicio modelos de corto alcance que determinen los cambios y procesos psicológicos que tienen lugar durante el re-aseguramiento o -en términos de Lazarus- que expliquen “*qué le ocurre a la gente cuando se reubica*” (Lazarus, 1997, pág. 40).

Resumiendo, podemos decir que los tres modelos coinciden al enumerar los factores de riesgo y de protección que condicionan la adaptación individual. Pero los rasgos demográficos, personales y familiares que marcan diferencias se obtienen empíricamente, con menoscabo a veces de explicaciones racionales que justifiquen por qué se producen tales relaciones causales. Quizá con la excepción de la tipología de aculturación de Berry, los tres intentos de integración teórica son de carácter *estocástico* (Hansen, 1994), es decir, identifican qué antecedentes causan determinados resultados, sin aludir a principios explicativos. Por ejemplo, gracias a la investigación sabemos que los recién llegados con mayor nivel educativo encuentran menos dificultades de adaptación (Berry, 1997), pero desconocemos si esto se debe a que disponen de mejores recursos cognitivos de afrontamiento del estrés, o a que cuentan con una socialización

previa en la cultura receptora. En nuestra opinión, ambos tipos de modelos -estocásticos y explicativos- son necesarios para que este campo científico adquiriera todo su potencial.

En ese sentido, entre otros conceptos, los de redes sociales y apoyo social son particularmente útiles en la caracterización psicológica de la migración. Como hemos señalado más arriba, emigrar puede concebirse como una transición ecológica: aunque se trata de un análisis que no agota la complejidad del fenómeno, resulta adecuado para estudiar los procesos de ajuste y absorción social. En el próximo apartado enumeramos precisamente algunos de los elementos relevantes para construir un modelo sobre la transformación de las redes de apoyo en el transcurso de la migración.

3. Elementos para un modelo de corto alcance sobre la adaptación psicológica de los inmigrantes

En la investigación sobre inmigración existen dos áreas bien definidas: (1) estudios sobre la composición y persistencia de los flujos migratorios internacionales, y (2) estudios sobre el proceso de asentamiento y adaptación a la sociedad receptora. La investigación específica sobre redes sociales también se ha organizado de acuerdo con esas dos áreas. La primera es una línea de corte sociológico y antropológico que ha sondeado el papel de las redes sociales como factor facilitador de la migración. La segunda, más reciente, ha consistido en el análisis del poder predictivo de las redes interpersonales en el bienestar psicológico, o en la incidencia de psicopatologías en la población inmigrante.

En nuestra opinión, el estudio de las funciones de apoyo puede servir de nexo de unión entre ambas orientaciones, pues son los recursos afectivos e instrumentales que se obtienen en la interacción con los demás los que explican la influencia de las redes sociales, tanto en la decisión de desplazarse y la conformación de cadenas migratorias como en el proceso de adaptación al nuevo contexto (Maya, 1999). Ese es el motivo de que las transformaciones que experimenta el individuo en su red de apoyo -como consecuencia del desplazamiento- sirvan como metáfora psicológica de la migración.

Este enfoque ecológico conlleva oportunidades desde el punto de vista teórico, pues es consonante con la idea de sistema migratorio, y permite establecer conexiones entre los niveles micro-social y macro-social (Boyd, 1989; Requena, 1994). En primer lugar, la noción de sistema migratorio supone asumir que el flujo de personas entre países forma parte de los flujos de bienes, servicios e información. Dos áreas geográficas se encuentran unidas por relaciones políticas y económicas, pero también por el intercambio de personas. En segundo lugar, las redes sociales expresan aspectos básicos de la estructura social, a la vez que influyen en los individuos concretos. Es decir, se trata de un elemento que permite tener en cuenta al mismo tiempo las

características agregadas de la comunidad y los rasgos de las relaciones interpersonales a pequeña escala (Requena, 1994).

Quizá en torno al meta-concepto de apoyo social pueda elaborarse un modelo que desarrolle un mayor poder de explicación que los esquemas conceptuales elaborados hasta la fecha. A pesar del notable esfuerzo de clasificación y sistematización de las variables relevantes en la acomodación psicológica, los esquemas conceptuales que hemos examinado no hacen más que organizar los hallazgos empíricos del área, y sugerir diseños de investigación que contribuyan al desarrollo de la misma. Como los propios autores reconocen, el estado actual de la investigación no permite hablar de “modelos teóricos” sobre el proceso de adaptación de los inmigrantes (Berry, 1997; Parker y McEvoy, 1993; Scott y Scott, 1989).

Del mismo modo, el panorama de la literatura sobre apoyo social e inmigración se caracteriza por la necesidad de elaboraciones teóricas integradas (Maya, 1999). En muchas ocasiones los trabajos empíricos consisten en la replicación -en diferentes contextos y con diferentes poblaciones- de relaciones con cierta tradición de estudio. Por eso se puede decir que aportan validez externa a hallazgos ya documentados en la investigación general sobre apoyo social. No obstante, apenas existen intentos de formulación o aplicación de marcos explicativos que vayan más allá de la mera hipótesis de relación positiva entre apoyo y adaptación.

La investigación reciente ha permitido comprobar que los factores que inciden en el ajuste de los inmigrantes no difieren en esencia de los empleados para explicar el proceso de acomodación personal en otras circunstancias. También se ha verificado la contribución positiva de las variables de apoyo en aspectos subjetivos y objetivos (con la especial significación de los vínculos confidentes). Sin embargo, son escasos los estudios que, partiendo de una concepción multidimensional del apoyo social (Laireiter y Baumann, 1992; Schwarzer y Leppin, 1992; Veiel y Baumann, 1992) realicen un análisis exhaustivo de sus modalidades, ya sea con fines descriptivos o de predicción.

Aplicando esa perspectiva multidimensional, en diversos estudios hemos descrito las peculiaridades de las redes de apoyo de los inmigrantes, y su impacto en diversos indicadores de adaptación objetiva y subjetiva (Martínez, García y Maya, 2000; Maya, 1999; Maya, Martínez y García, 1999). Los resultados muestran que la emigración tiene un impacto significativo en las redes de apoyo. Al desplazarse, el individuo ve limitadas las posibilidades de elegir quiénes forman parte de su red, tiene que constituir su entorno personal a partir de los contactos accesibles, y se torna más dependiente -en la terminología de Granovetter (1973)- de los “lazos fuertes”. Tras la reubicación la percepción de apoyo consiste en una red personal más restringida, más localizada geográficamente, menos variada en su composición, y que (re)asigna las

funciones a los miembros disponibles. Esto ha llevado a algunos autores, como Litwin (1995, 1997), a hablar en el caso de los inmigrantes de redes sociales “*de necesidad*”.

La adaptación es en cierto modo la reconstitución de las redes de apoyo. Con el tiempo, se expanden las redes basadas en la familia o en la amistad, y se hace más probable la reunificación familiar. Como consecuencia de ello, aumenta el porcentaje de nuevas amistades y la percepción de recibir ayuda; se da mayor movilización familiar para buscar asistencia en los recursos formales; y aumenta la participación en asociaciones voluntarias. Además se va produciendo la inserción en las redes locales, aumentando el número de contactos con miembros de la sociedad de acogida.

Estos trabajos también nos han permitido reconocer algunos de los elementos clave que condicionan ese proceso de reconstitución de las redes personales. En primera instancia, han de tenerse en cuenta las múltiples dimensiones con las que es analizado el apoyo social en la literatura general sobre el tema: es decir, la distinción entre inserción social y aspectos conductuales, cognitivos y valorativos. O, de modo más amplio, la disyuntiva clásica entre variables estructurales y funcionales. Pero también cabe destacar otros elementos más representativos del desplazamiento internacional, tales como (1) las cadenas migratorias, (2) el carácter transnacional de algunas relaciones interpersonales, (3) las estrategias de compensación y reconstrucción de la red de apoyo, y (4) las estrategias personales de aculturación.

Las oportunidades del individuo están condicionadas por la madurez de las cadenas migratorias en las que se inserta, de modo que -en el nivel colectivo-, es determinante la magnitud y organización de la comunidad étnica expatriada. Por ejemplo, el tamaño y la composición de las redes personales de africanos y latinoamericanos parecen verse influidos por lo reciente del fenómeno migratorio en Andalucía, ya que no es muy elevada la proporción de reagrupamiento familiar, y los recién llegados se incorporan a una comunidad pequeña y poco estructurada. En la medida en que se desarrollen las cadenas migratorias de ambos grupos podrían contar con un entorno personal más amplio al poco tiempo de la llegada. A pequeña escala hemos observado esa evolución en las peruanas residentes en Sevilla (Maya, Martínez y García, 1999), pues la segunda oleada de emigrantes encontró una estructura de acogida, con más contactos y mejores oportunidades de empleo que las pioneras.

Abundando en esta misma dimensión, la madurez de las cadenas migratorias debe ser considerada tanto desde el punto de vista del país de origen como desde el punto de vista del país de destino. Por ejemplo, las oleadas de marroquíes son todavía recientes en el contexto receptor -pese a ser el grupo nacional más numeroso en España-, pero cuentan con una larga tradición, si atendemos a los diversos flujos orientados al norte de Europa en el pasado. Ambos rasgos condicionan las redes de apoyo que los individuos son capaces de conformar: así, a los efectos que apuntábamos en relación al

primero de estos rasgos, habría que añadir las consecuencias que décadas de emigración al norte de Europa puedan tener en las condiciones de selección y desplazamiento de los inmigrantes. A lo largo de esos años, la emigración se ha extendido a la mayoría de los grupos y clases de la sociedad marroquí, dando lugar a lo que algunos autores han denominado “*cultura de la emigración*” o “*desbordamiento*” (Martínez, 1997). Tal grado de madurez parece generar una mayor disgregación de los lazos sociales, y confirma la necesidad de utilizar la cadena migratoria como referente contextual de las redes de apoyo individuales.

Un segundo elemento de interés son las relaciones que el individuo mantiene con el contexto de origen. Según la perspectiva del Sistema Migratorio (Boyd, 1989), los países se encuentran conectados por lazos sociales, y tanto los grupos de parentesco como los vínculos de amistad originales pueden mantenerse en la forma de relaciones transnacionales. De ese modo, la emigración no consiste en la mera traslación de un lugar a otro, sino que la vida del individuo se extiende a través de dos (o más) contextos nacionales diferentes, y se ve afectada por ambos al mismo tiempo. Con nuestro trabajo hemos documentado que el inmigrante percibe algún nexo disponible en origen - generalmente familiar-, a la vez que disminuye de forma cuantiosa la frecuencia de contacto. Sin embargo, se requiere más investigación para determinar bajo qué condiciones algunas de las relaciones del contexto de origen se extinguen, mientras que otras permanecen latentes, y cuál es la evolución de este tipo de lazos en las distintas fases del re-aseguramiento. Igualmente, habrá que valorar si son lazos que ejercen algún tipo de influencia continuada sobre la adaptación individual o sólo se activan en momentos de crisis.

Por otro lado, sea cual sea el contexto colectivo y la situación de partida, el individuo utiliza diferentes vías para asegurarse la provisión de recursos, que vendrán definidas por las estrategias de formación de relaciones y las estrategias de aculturación. En relación a las primeras, parece que los modos más usuales de afrontar las nuevas circunstancias son los siguientes: (1) centrar todas las demandas de apoyo en los escasos vínculos disponibles; (2) depositar las expectativas de ayuda en grupos que se reúnen periódicamente -garantizando la obtención de cooperación, con independencia de los miembros individuales disponibles-; (3) restituir los vínculos familiares por medio del reagrupamiento; y (4) incorporar miembros de la sociedad receptora. Si las dos primeras son estrategias de compensación y aprovechamiento del reducido tamaño del entorno personal, las dos últimas posibilitan el crecimiento de la red de apoyo, así como la conformación de una estructura más compleja, con una composición más equilibrada y con proveedores menos cargados de funciones.

Otro factor básico es el estilo de aculturación. La actitud que adopta el individuo ante el choque de valores e influencias culturales delimita en gran medida la estructura

de oportunidades a la que se enfrenta en el nuevo contexto. En varios estudios hemos tenido constancia de la repercusión que tiene en el bienestar subjetivo la composición étnica de las redes personales, y en particular lo beneficioso de la incorporación de españoles (Martínez, García y Maya, 2000; Maya, 1999). Los contactos fuera del grupo étnico podrían estar reflejando el grado de arraigo personal. Por eso creemos de interés combinar las estrategias sistematizadas por Berry (1997) con los demás elementos-clave identificados. Al respecto, las propuestas teóricas más recientes optan por un modelo interactivo de aculturación, en el que también se tienen en cuenta las actitudes de la comunidad receptora (Bourhis, Moïse, Perreault y Senécal, 1997). Desde ese punto de vista, la integración es un proceso de acomodación mutua entre la minoría foránea y la mayoría receptora. Por ejemplo, si los primeros se encontraran con actitudes de segregación y rechazo tendrían más difícil su inserción social (y quizá por eso mismo en ese caso fuese más significativo mantener relaciones de apoyo con algunos miembros de la población autóctona). Por otro lado, en la medida en que los españoles pueden estar especialmente representados entre los lazos débiles, la distinción de Granovetter (1974) es otro aspecto a tomar en consideración. Los lazos débiles ponen en contacto a la persona focal con recursos e información difícilmente accesibles en el entorno más cercano. Es muy probable que dichos lazos débiles sean españoles, y que sean vitales para obtener información de calidad sobre la sociedad de acogida: cómo encontrar empleo, cómo interpretar algunos patrones de comportamiento, etcétera.

Queda por determinar la prevalencia y fase habitual de despliegue de cada una de las estrategias de formación de relaciones y de aculturación, así como la interacción que se produce entre las mismas. En esa línea, el estudio longitudinal de las tipologías de redes de apoyo podría revelar cómo las “*redes de necesidad*” se convierten paulatinamente, a través de diversas estrategias de reconstitución, en estructuras más versátiles y equilibradas.

La migración internacional es una transición ecológica en la que cambia el microsistema del individuo. Entre los elementos que condicionan las redes personales de apoyo destacan: (1) las múltiples dimensiones estructurales y funcionales del apoyo social, (2) el nivel colectivo de las cadenas migratorias, (3) el carácter transnacional de algunas relaciones interpersonales, (4) las estrategias de compensación y/o reconstrucción de la red de apoyo, y (5) las estrategias personales de aculturación.



Isidro Maya Jariego

<http://www.personal.us.es/isidromj>

--

Para citar este artículo, utiliza por favor la siguiente referencia:

Este capítulo es una reelaboración de un trabajo anterior. Las referencias bibliográficas pueden consultarse en el original. Referencia recomendada para citar este artículo:

Maya Jariego, I. (1999). *Análisis de los recursos de apoyo social de los inmigrantes africanos y latinoamericanos en Andalucía. Tipología de redes y proceso de adaptación*". Tesis doctoral: Universidad de Sevilla.